

Misa Crismal

14 de Abril de 2014, S. I. Concatedral, Alicante

Queridos hermanos:

Celebramos esta Misa Crismal en el marco singular de la conmemoración de los 450 años de nuestra Diócesis, dentro pues del ejercicio de memoria agradecida a Dios, que significan las acciones promovidas a lo largo de este tiempo de gracia.

En tan entrañables circunstancias es mucho lo que podemos decir desde la significación de la Misa Crismal, pues todos podemos sentir una vinculación especial a esta celebración, porque todos los que estamos aquí hemos estado consagrados, ungidos por el Espíritu, en el Bautismo, en la Confirmación, en la Ordenación. Incluso este mismo hermoso templo Concatedral de S. Nicolás de Bari muestra las marcas, las señales en memoria permanente de su unción por el Espíritu. Además la misma liturgia santificadora que brotará de aquí como de su fuente para los futuros beneficiados de la Unción con los Óleos que bendeciremos y con el Crisma que consagraremos, ya es objeto de nuestra oración, rogando a Dios por los que serán bautizados y confirmados, por los enfermos y muy ancianos, y por quien reciba la llamada de la Iglesia para la unción del sacerdocio ministerial.

Sí, es día de oración por todo el Pueblo Santo de Dios, pueblo consagrado y sacerdotal, pero especialmente por quienes estamos llamados a ser, en medio del Pueblo de Dios, otros Cristos por el sacerdocio ministerial recibido, ungidos por el Espíritu.

Por ello os pedimos, especialmente hoy, a todos vosotros, diáconos, religiosos y religiosas, fieles cristianos laicos, a quienes sois servidos por nuestro ministerio, que roguéis por nosotros, para que renovemos verdaderamente, de corazón, las promesas sacerdotales, teniendo bien cerca la conmemoración de cómo Cristo confió su sacerdocio a los apóstoles y a nosotros, y teniendo bien presentes las hermosas palabras de Isaías y de Jesús en el Evangelio que ha sido proclamado y que en las presentes circunstancias resuenan ardientes y muy actuales en su mensaje.

Pues urgente y actual, sigue siendo ir decididos a «dar la Buena Noticia a los pobres», ir a «anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista» (Lc 18-19). En un mundo sumido en tantas necesidades de todo tipo, es más urgente que nunca vivir el sacerdocio ministerial saliendo de nosotros mismos, olvidándonos de nosotros mismos, volcando nuestro ser en la misión, entregándonos totalmente a las necesidades de aquellos a quienes hemos sido enviados a servir desde nuestro ministerio sacerdotal.

A ello nos llamaba con claridad y fuerza el Papa Francisco en la homilía de la Misa Crismal del pasado año: «El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco...se pierde lo mejor de nuestro pueblo. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor... Queridos sacerdotes –decía- que Dios Padre, renueve en nosotros el Espíritu de Santidad con que hemos sido ungidos...que nuestra gentes nos sientan discípulos del Señor...y pueda recibir a través de nuestras palabras y obras ese óleo de alegría que les vino a traer Jesús, el Ungido».

El mismo Papa Francisco hace pocos días en la Audiencia del 26 de Marzo destacaba que el amor es la clave del ministerio ordenado, «apacentar el rebaño del Señor con amor». Nos pide, desde ahí a los sacerdotes, un amor apasionado por la Iglesia, y nos advierte haciéndose eco de la petición de Pablo a Timoteo de reavivar el don recibido, diciendo: «cuando no se alimenta el ministerio –el ministerio del Obispo, el ministerio del Sacerdote- con la oración, con la escucha de la Palabra de Dios, con la celebración diaria de la Eucaristía y también con una frecuentación del Sacramento de la Penitencia, se acaba, inevitablemente, perdiendo de vista el sentido auténtico del propio servicio y la alegría que se deriva de una comunión profunda con Jesús».

Es desde la unión profunda con el Señor, desde ese amor apasionado y constante a la Iglesia, desde el sacerdocio ejercido con entrega y entusiasmo evangelizador, desde donde podremos impulsar en el seno de nuestra Diócesis, la renovación pastoral, la conversión hacia una Iglesia «en salida» que se nos reclama con urgencia.

A lo largo de mi tarea entre vosotros, especialmente en la Visita Pastoral, he tenido ocasión de ver y de agradecer la labor preciosa de vosotros, mis hermanos sacerdotes y también de religiosos y laicos verdaderamente entregados en parroquias, comunidades, colegios e infinidad de servicios. Pero hemos podido, así mismo constatar la necesidad de sostener esa entrega, y de explorar juntos nuevos caminos de evangelización especialmente necesarios en las edades más jóvenes y en ámbitos de hombres y mujeres en los que el Evangelio en un primer anuncio no ha llegado. Los nuevos aires de la Iglesia y la realidad nos reclaman un empeño evangelizador renovado, una proclamación del Evangelio en los terrenos que acabamos de oír en San Lucas, en tantas «periferias» de nuestra realidad diocesana.

El Espíritu nos empuja, su luz no nos va a faltar, pongamos nuestra renovada promesa de entregarle nuestro ministerio sacerdotal confiando la tarea a su gracia, a su Misericordia.

Porque de eso se trata en gran medida en estos tiempos, enfermos de falta de esperanza, necesitados de redescubrir el inmenso amor de Dios que reviviremos esta semana, es preciso acercarnos confiadamente a su misericordia; predicarla y llenarnos de ella. De ella –si la acogemos como un gran don, y desde ella miramos a nuestro alrededor, como Jesús a las gentes cuando las veía «cansadas y extenuadas, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36), esa mirada desde la compasión se convertirá en motor de evangelización, en urgente motivo para salir de nosotros mismos y gastar gustosamente, gozosamente, la vida por ellos. Es tiempo de misericordia para la iglesia, tiempo de predicar incansablemente la luz de la misericordia divina como nos predicó el beato Juan Pablo II, que junto al Beato Juan XXIII serán canonizados, dentro de unos días, en el Domingo de la Divina Misericordia.

Tengamos los sacerdotes las entrañas de misericordia y compasión de Jesús, cercanos y servidores de todos, que no tengan miedo de acercarse a nosotros; que quien necesite curar sus heridas, recibir el perdón de Dios encuentre un hermano sacerdote con entrañas de misericordia en el sacramento de la Reconciliación: «cuanto bien hace el ejemplo de un sacerdote misericordioso, de un sacerdote que se acerca a las heridas...» decía hace unos días el Papa. Cuanto bien hemos visto en este sentido entre sacerdotes nuestros, de nuestra querida Diócesis de Orihuela-Alicante, sacerdotes que aún vivís, y algunos que marcharon al Padre, como D. Diego Hernández de quien celebramos el centenario de su nacimiento.

Nuestros 450 años de camino de fe en esta tierra, sirviendo a nuestro pueblo, han estado llenos de amor y de obras, de huellas de santidad en nuestras familias cristianas y en comunidades y parroquias, en tantos hombres y mujeres llenos de Dios, Santos. Este curso ha sido testigo de las beatificaciones de varios mártires nuestros, la semana pasada era proclamado Venerable un Obispo hijo de Orihuela, y próximamente, en el 2015, quizás D. Pedro Herrero. Cuantas gracias debemos dar y cuanto compromiso para nuestro futuro debe ser significar esto.

Acabo, dirigiendo nuestra mirada a los dos obispos, D. Rafael y D. Victorio, y a los sacerdotes que celebráis 25 y 50 años de ministerio, que sois para nosotros testigos de Jesucristo, para que sigáis dando y recibiendo la respuesta inagotable de la bondad de Dios. Y, mirando especialmente a María, nuestra Madre, para que a toda nuestra querida Diócesis la siga presentado con amor intercesor ante su Hijo, a fin de que camine llena de fe y de amor misericordioso, hecho evangelización de la humanidad a la que hemos sido enviados. Así sea.

+ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante